

Saber lo que es y lo que deja de ser arquitectura. En la muerte de Sáenz de Oíza

Javier García-Gutiérrez Mosteiro

El pasado dieciocho de julio murió el arquitecto Francisco Javier Sáenz de Oíza, uno de los más conspicuos nombres de la arquitectura española y universal. Su activa presencia a lo largo de la segunda mitad del siglo –construyendo y proyectando, enseñando, debatiendo y alentando– hace que sintamos hoy un denso vacío en el ámbito de la cultura arquitectónica.

Su obra, singular, emocionante, polémica a veces y siempre atrevida, articulación inteligente y poética entre la construcción y la forma, ha caracterizado algunos de los más vibrantes capítulos de la historia de la arquitectura.

Construyó muy sobresalientes obras en distintas ciudades españolas y aun fuera de España, pero es en Madrid donde ha dejado un mayor legado, debiéndose añadir su nombre a la relación de grandes arquitectos –Villanueva, Velázquez Bosco, Palacios, Zuazo–, a menudo –como él– no madrileños, que han conformado más vigorosamente la imagen de la ciudad. Con tan sólo dos de sus creaciones en Madrid, Torres Blancas y la sede del Banco de Bilbao, alcanza ya un prestigioso lugar en la arquitectura universal.

Torres Blancas (1961-1968), es un valiente experimento formal, funcional y constructivo, con innovador uso del hormigón armado, en torno a la vivienda; constituyendo una de las más altas cotas del organicismo, es obra que recibió el Premio a la Excelencia Europea y maravilló al mundo en los sesenta y hoy aún sigue maravillándonos.

La torre del Banco de Bilbao (1971-1978), en el Paseo de la Castellana, cuyo proyecto ganó Oíza en un concurso restringido en el que compitieron destacados arquitectos, es el más elegante *rascacielos* de Madrid. Supuso una verdadera audacia estructural, de extrema brillantez en sus detalles, en la que forma y función se aliaron con singular eficacia; la hermosa conjunción de acero y vidrio, densa de *cultura* arquitectónica, logra una significativa presencia urbana en ese privilegiado emplazamiento. Motivo de admiración, tanto de arquitectos como del ciudadano en general, ha sido recientemente elegido en una encuesta como el mejor edificio madrileño del siglo XX.

Desde los primeros pasos de su andadura profesional consiguió Oíza resonantes éxitos y premios: a partir del Premio Aníbal Álvarez al mejor expediente académico, con el que coronó sus estudios, hasta el Premio Príncipe de Asturias de las Artes, que obtuvo en sus últimos años de actividad.

Sáenz de Oíza, hombre de viva inteligencia y asombrosa y humanista erudición, abarcaba muy disímiles campos del saber (su rebelde inquietud intelectual le llevaba a decir que su principio era «el de poner en solfa todo»), contribuyendo ello a que haya dejado también una huella imborrable como enseñante de la arquitectura: no sólo en la enseñanza oficial de la Escuela de Madrid, sino también en esa otra enseñanza *oficiosa* que supo dar a tantos arquitectos y no arquitectos (recordemos el *revulsivo* de sus contadas –pero tan apasionadas y nutritivas– apariciones en los medios). Él, que afirmaba que no había tenido maestro, extendió su magisterio –«maestro de maestros» se le ha llamado– con infrecuente generosidad; magisterio que queda registrado en el número y calidad de sus discípulos, entre los que se incluyen principales nombres de la arquitectura actual.

Nació en 1918 en la localidad navarra de Cáseda; transcurrió su primera infancia en Sevilla –donde aprendió tempranamente el goce por la arquitectura– y realizó después sus estudios en Madrid, en cuya Escuela de Arquitectura se tituló en 1946, formando parte de la llamada *primera generación de postguerra*. Obtuvo, al poco, una beca de la Real Academia de Bellas Artes para ampliar su formación durante un año en los Estados Unidos; allí tuvo oportunidad de conocer a fondo la tecnología moderna que, más tarde, aplicaría con verdadero entusiasmo a sus edificios.

Su activa incorporación al ejercicio profesional, a finales de los cuarenta, le situó enfrente del historicismo clasicista que caracterizó el período de la autarquía, defendiendo con militante empeño los principios de la arquitectura moderna (recordemos aquel célebre «¡Menos piedra y más frigoríficos!» que el joven Oíza espetó a Gutiérrez Soto cuando éste terminaba el *herreriano* Ministerio del Aire); principios que pronto tendría ocasión de plasmar, incorporado a la Sección Provincial de Urbanismo, en las diversas unidades de residencia económica y viviendas experimentales que, a lo largo de los cincuenta y primeros sesenta, construyó en el extrarradio madrileño, y con las que ya probó su sensible atención a la cuestión de la vivienda.

En su dilatado quehacer profesional, además de los dos edificios citados, son de destacar: la guipuzcoana basílica de Aránzazu (1950-1954), su primera gran obra, ganada en concurso con Luis Laorga –y en la que intervinieron artistas como Lucío Muñoz, Chillida y Oteiza–, expresionista

yuxtaposición de un lenguaje radicalmente moderno al paisaje agreste en que se enclava; el proyecto de Capilla en el Camino de Santiago, que le valió el Premio Nacional de Arquitectura de 1954; buen número de viviendas unifamiliares –citemos dos, distantes en el tiempo: la Casa Fernando Gómez, en Álava (1959), y la Casa Echevarría, en Madrid (1972), cuyas plantas y volúmenes constituyen una memorable lección de lo que es habitar–; la «Ciudad Blanca» de Alcudia, urbanización mallorquina realizada en colaboración con Juan Daniel Fullaondo (1963); y de su último período, ya posteriores a la cumbre que marcó el edificio del Banco de Bilbao, obras como el Palacio de Festivales de Santander, las viviendas de la M-30 en Madrid –el polémico *Ruedo*–, el Museo de Arte Contemporáneo de Las Palmas, el edificio «Torre Triana» en Sevilla y el nuevo recinto ferial de Madrid.

En paralelo a su quehacer arquitectónico hay que señalar, ineludiblemente, su despierta inquietud por la enseñanza de la arquitectura, abierta siempre a una actitud de busca y exploración: quien es profesor –solía decir– sigue siendo alumno. Ya en los comienzos de su carrera profesional, nada más volver de su estancia en EEUU, inició la que sería una larga y memorable tarea docente en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Allí enseñó, al principio, y por cerca de diez años, la asignatura de *Salubridad e Higiene de la Edificación*, materia aparentemente *técnica* pero que él –«hablando del sol, del agua y de la importancia del control del medio para la creación de la forma habitacional»– subvertía en sabia lección –cuyos alumnos no olvidan– de cómo proyectar arquitectura. En los años cincuenta pasó a ser profesor de *Proyectos*, asignatura cuya cátedra ganó en 1968 y que desempeñó hasta su jubilación en 1986, definiendo una etapa de singular prestigio en la enseñanza de la Escuela.

Tuve la suerte (que entonces ya supe inmensa pero que, con el transcurso del tiempo, voy sabiendo más *inmensa* aún) de tenerle de profesor de *Proyectos* durante mi último curso de carrera. Los que tuvimos ese privilegio –el lujo de disfrutar su magisterio cotidianamente, durante todo un curso– bien sabemos lo que supuso en nosotros tal experiencia, tal acontecimiento en nuestras vidas; nunca olvidaremos lo que nos hizo *ver*, su modo apasionado de hablar de arquitectura, su nerviosa inteligencia y su nerviosa mano al dibujar, el análisis a fondo de todas las variables que concurren en el proyecto, el modo en que imbricaba –como un todo, erudito– la arquitectura con la poesía, la ciencia, el arte y que encendía también, indefectiblemente, la pasión del alumno (porque con Oíza descubríamos, día a día, una insospechada relación pasional con la arquitectura, en la que cabía todo menos el ser tibio).

El tema de la vivienda, muy significativo en su obra y en su pensamiento, era recurrente en aquellas inolvidables lecciones: abrazaba el hecho de habitar desde los múltiples factores –sociales y psicológicos, antropológicos, simbólicos– que, más allá de la estricta construcción, lo definen. Utilizaba a menudo la poesía y textos enjundiosos para explicar qué es una casa, en toda su complejidad (voz ésta –la buena complejidad, decía– que gustaba oponer a complicación); ¿cómo no recordar el modo con que –desgranando la *Poética del espacio* de Bachelard– nos explicaba aquello de que la escalera que va al sótano se baja siempre, en tanto que la que va al desván siempre se sube? ¿cómo no sentir aún el fervor con que repetía las palabras del *Walden* de Thoreau: «Tente firme, ¡oh, mi casa!, frente a los avatares del mundo»?

Su preocupación por la enseñanza de la arquitectura le llevó a asumir también la dirección de la Escuela de Madrid en un momento, el año 1981, en que, por la masificación del alumnado y las reivindicaciones de los profesores no numerarios, se atravesaba una difícil etapa en esa institución.

Frecuentemente se refería a qué entendía como misión fundamental de una Escuela de Arquitectura: el hacer ver al estudiante cuándo una cosa –más allá de ser un edificio que funcione– es arquitectura y cuándo no lo es; se remitía emocionado a un texto de Lorca, que transponía al caso del arquitecto: «Si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios, o del demonio, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema».

Ello da idea también de lo que Sáenz de Oíza ha supuesto en la cultura arquitectónica del siglo que termina: «... sé que soy arquitecto por el esfuerzo, por la técnica, y porque sé lo que es y lo que deja de ser Arquitectura». Palabras que, escritas «con letras de oro, con letras grandes» –como él proponía para la Escuela de Arquitectura–, cabría hoy, tristemente, que propusiéramos nosotros a modo de epitafio.